

Ruptura democrática cristiana

● A diez días de su conclusión, las III Jornadas Generales del Equipo Demócrata Cristiano del Estado Español cobran un significado más externo a ellas que interno, de cara a su propia organización: la posibilidad —aún por tolerancia, no garantizada legalmente— de que otros grupos se presenten ante la opinión pública a partir de este precedente y la presentación abierta de la pluralidad de opciones de la Democracia Cristiana española.

“Lo importante es que, les guste o no, hemos ejercido el derecho de reunión”, comentaba un cachorro democristiano a unos periodistas que asistieron a las Jornadas. “Nos estamos ganando la libertad a pulso”, añadía. El optimismo, el entusiasmo, la euforia de los más de doscientos delegados que protagonizaron las Jornadas se justificaban para el hecho de participar en una de esas cosas que irremediablemente ocurren en España después de treinta y siete largos años: la celebración en público de un congreso de partidos políticos con conocimiento de la autoridad gubernativa y, de guinda, un mitin en el teatro Alfil sin que todo ello terminara en la Dirección General de Seguridad.

Ya fue templado ese fervor predemocrático durante las mismas Jornadas. Se encargaron de

ello los viejos líderes: José María Gil-Robles, Joaquín Ruiz-Giménez, Antón Canyellas, Miquel Coll i Alentorn, Juan Ajuriaguerra, durante una rueda de prensa. Sus comentarios enfriaron las esperanzas de los militantes democristianos en un inmediato cambio a la democracia fundadas en la frágil base de la tolerancia del Gobierno:

“El discurso del presidente Arias no ha modificado en nada la actitud del EDCEE. No teníamos esperanzas (...). La transformación democrática ha de hacerla el pueblo español y el EDCEE reafirma el camino de la ruptura como única forma de alcanzarla. (...) Seguimos, pues, en la oposición”, concluía Ruiz-Giménez. Y Gil-Robles, el antiguo jefe de la CEDA, apacible y socarrón, ponía en duda la legalidad de un Gobierno que niega a otras fuerzas políticas y cuestionaba su legitimidad (“No estoy dispuesto a colaborar con un Gobierno que no tenga una base genuinamente popular”, dijo).

La declaración final de las Jornadas era más realista y venía a recordar la distancia enorme que separa la actual situación española de cualquier democracia de la Europa Occidental. Después de reclamar las medidas imprescindibles y urgentes para configurar una etapa predemocrática (amnistía,



garantía de los derechos y libertades clásicos, etc.) y de advertir de los riesgos del reformismo (perturbación de un régimen caduco), puntualizaba que un referéndum no puede sustituir a una Asamblea constituyente, libremente elegida, que traduzca en un texto constitucional la voluntad popular.

En cuanto a los avances que la Democracia Cristiana española haya logrado en estas Jornadas, se refieren fundamentalmente a una mayor cohesión entre los partidos que integran el EDCEE. “Evidentemente, no pueden ignorarse las importantes diferencias que existen entre los distintos grupos que forman el Equipo, pero en las Jornadas se han pretendido soslayar las cuestiones más conflictivas”, declaraba a TRIUNFO Fernando Alvarez de Miranda, destacado miembro de Izquierda Democrática.

“Si hemos advertido ‘a posteriori’, con alguna perspectiva para formular un juicio, que uno de los aspectos positivos más destacables de las Jornadas ha sido una mayor homogeneidad democristiana en la estrategia y en la táctica de la oposición”, comentaba también Fernando Alvarez de Miranda. Lo cierto es que, pasadas las Jornadas, ha circulado seriamente el rumor de una próxima fusión de Izquierda Democrática, el partido que preside Joaquín Ruiz-Giménez, y Federación Popular Democrática, el partido presidido por José María Gil-Robles, los dos únicos, dentro del EDCEE, que concurren en un mismo ámbito, el nacional,

mientras que los demás (Partido Nacionalista Vasco, Unión Democrática de Catalunya y Unión Democrática del País Valencià) tienen una zona específica de proyección y actuación.

Sólo un obstáculo parece interponerse en la fusión de ambos partidos: la posible alianza de ID a través de la Plataforma de Convergencia Democrática, de la que es miembro fundador, con los partidos de la Junta Democrática, entre ellos el comunista, cuando concluyan las conversaciones para la constitución de un solo organismo unitario. Esa alianza con el PC sería inaceptable para el grupo de Gil-Robles (que, sin embargo, lo prefiere legal porque entiende que la clandestinidad es ahora una prima para la expansión). Un próximo congreso de ID, a celebrar esta primavera, podría elegir la fusión con la FDP sobre cualquier otra alianza.

Pero, a cambio, salió fuertemente reforzada de estas Juntas la concepción federal del Equipo Demócrata Cristiano español, tanto a escala del Estado como de su propia organización interna, aspecto que Fernando Alvarez de Miranda destacó también. “No existe nada insuperable en este terreno”, dijo.

Fuera de las Jornadas ha quedado, desde luego, la Unión Democrática Española, que comandan Federico Silva, Alberto Monreal, Enrique de la Mata y otros políticos del Régimen, como Udina en Cataluña, y que todavía deshoja la margarita del Estatuto de Asociaciones Políticas. ■



Democristianos unidos: mayor cohesión, mayor homogeneidad, apoyadas por delegaciones de la Unión Mundial Democristiana, de la Unión Europea y de los más importantes partidos nacionales de esta tendencia en Europa.